

La superficie del miedo

Por CÃ‰SAR FARAHEs media maÃ±ana, estoy parado frente a la vitrina de una disquera y Madonna escapa por los parlantes, retumbando en mi pecho y en toda la calle, el calor me reseca los labios y me hace sudar, mojÃ¡ndome entero; pero aÃ±on asÃ- no me quito la chaqueta gruesa y negra (de aviador, no de cuero) que eleva mi temperatura mÃ¡s de lo razonable.

Ã Levemente mareado y empezando a sentir retortijones en mi estÃ³mago, pienso en que la migraÃ±a siempre es esperable despuÃ©s de una noche como la Ãºltima, pero hoy es particularmente fuerte y no comprendo por quÃ©. Miro la punta de mis bototos y observo que tienen una costra de barro y sangre y el mareo se hace casi insoportable, el calor me hace sentir verdaderamente caldeado y busco algo en mi pantalÃ³n de muchos bolsillos, cualquier cosa que pueda ayudarme, pero eso sÃ³lo me desespera mÃ¡s, porque busco y busco y no encuentro una mierda, excepto plata y ya casi estoy a punto de lanzar un aullido o agarrar a patadas la puta vitrina, pero me contengo justo a tiempo, encuentro un xanax en el bolsillo al costado del muslo. Camino hacia atrÃ¡s con paso inseguro y le compro una diet pepsi al viejo de un carrito y mientras le entrego las monedas, comenta algo inentendible.

-Ã Ã Ã ¿QuÃ©? - Casi grito, intentando superar a Madonna.

-Ã Ã Ã ... Se acalambra en ParÃ-s... - Dice y se lleva un dedo bajo la nariz, rozÃ¡ndola apenas.

-Ã Ã Ã ¿En ParÃ-s?, Ã ¿QuÃ© dice? - Pregunto.

-Ã Ã Ã ¿Que le sangra la nariz! - Grita el abuelo.

Me rio nervioso y me toco la cara, justo sobre el labio superior. Por una fracciÃ³n de segundo, el mundo entero desaparece y veo mis dedos Ãndice y corazÃ³n con las yemas rojas de sangre, saco de alguno de mis tantos bolsillos un poco de papel higiÃ©nico arrugado, pero limpio, con el que seco (creo) la sangre que mana de mi nariz, finalmente hago un pequeÃ±o tampÃ³n con otro pedazo y lo dejo inserto en una de mis fosas nasales, a ver si para la hemorragia. El calor continua agobiante y los retortijones en mi estÃ³mago vuelven a atacar con inusitada fuerza y podrÃ-a ser que no lograra sostenerme en pie, pero aguanto firme y tomar un trago de diet pepsi me hace soportar un poco mejor. Madonna sigue explotando en la calle y decido alejarme un poco, una gota de sudor resbala por mi nuca. Mi cabeza, pies y espalda, arden como si tuviese carbÃ³n encendido en ellos, â€œNo por favor, por favor, me duele, me dueleee, me hacen daÃ±o!â€• aullaba anoche la perra, con su acento altiplÃ¡nico asqueroso, chola maraca, debiÃ³ pensar un poco y dar gracias, esa serÃ¡ probablemente la Ãºnica vez que tipos altos, blancos y sanos se la cojan bien cogida. He olvidado las caracterÃsticas principales de algunos de mis personajes favoritos del mundo antiguo y mÃ¡s importante aÃ±on, sus nombres; por eso me siento particularmente angustiado y casi a punto de llorar. Eran cinco, dos parejitas y una chica sola, menor; venÃ-an de la disco o algo asÃ-, riÃ©ndose, besÃ©ndose, con ropas cumas y horteras, hablando fuerte con su acento altiplÃ¡nico; fue cerca del parque (donde pillamos a los pendejos fumando pititos y tomando chelas el mes pasado). La cabeza continua doliÃ©ndome, el calor es abrasante y el sudor empapa mi cuerpo, me acerco a un basurero y hago arcadas, pero no, nada, no vomito ni un poquito. Avanzamos con la camioneta por la avenida desierta, sin acelerar de modo que no se enterasen de nada, si no hasta cuando fuese inevitable; el Oscar, que a pesar de su apellido austrÃ-aco es un degenerado, ya desde la esquina venÃ-a haciendo comentarios sobre el culo de una de las perras, que si bien tenia piernas cortas, en verdad su culo era de mordearlo. QuizÃ¡ por instinto, quizÃ¡ por miedo o quizÃ¡ por un recuerdo ancestral de la Ã©poca de la conquista espaÃ±ola ellos tambiÃ©n salieron disparados en cuanto oyeron nuestros bototos chocando contra la acera. Supongo que el baile del que venÃ-an y los tragos les embotaron los sentidos, en cambio, la cocaÃ-na mediocre que compramos donde el Marco Rojas, a nosotros nos puso frÃ-os y fuertes, perfectos como una bayoneta de acero.

No nos cuesta alcanzarlos, caÃ-mos sobre ellos como Ãguilas sobre su presa, el bate de bÃ©isbol hace bien su trabajo y cuando le doy en el costado de la rodilla al cholo, siento claramente como cruje el hueso, cae al piso en un enredo de piernas con el â€œHunoâ€• que se lo lleva por delante, se deslizan juntos en el pasto, gritos, puteos y quejidos, mi polera ya estaba empapada entonces; sudaba como un caballo. Bien, entonces vino lo realmente divertido, el viejo juego de patearlos en el piso, darles con el bate, en las costillas, los brazos, las piernas, en la cabeza no, aÃ±on no. DespuÃ©s de unos cuantos minutos doy un fuerte silbido que es la contraseÃ±a para detenernos, pero a la primera nadie me oye, de modo que tuve que volver a silbar, mÃ¡s fuerte y mÃ¡s largo y esta vez sÃ- se detuvieron. Nuestros jadeos, imagino, nos hacen ver como animales salvajes despuÃ©s de una cacerÃ-a y pienso unos segundos en Matilda con una erecciÃ³n bajo el pantalÃ³n. En el piso los cholos se arrastran y retuercen lentamente, como en cÃ¡mara lenta, sus quejidos son dÃ©biles sin fuerza. â€œÃ¿Y ahora que vamos a hacer?â€•, preguntÃ³ el â€œHunoâ€•, me encojo de hombros, escupo a un costado y accidentalmente (en realidad no) le cae en la cara a una muchacha que se arrastra llorosa y luego me oigo decir â€œA la camioneta, subÃ¡moslos y paseemos un ratoâ€•. No puedo recordarlo, no puedo recordar como se llamÃ³ el padre de AgamenÃ³n y me angustio mÃ¡s, me termino la pepsi, tiro la lata al basurero y detengo un taxi, le explico donde vivo y como llegar a mi casa, luego me olvido.

El agua caliente de la ducha me relaja, me hace sentir tranquilo, algo de sangre de mis antebrazos se va rÃ¡pidamente con el jabÃ³n, los bÃ-ceps me pinchan y los muslos igual, a pesar de que todos mis mÃ©sculos estÃ¡n poderosÃsimos y

bien tonificados y que todo mi cuerpo se encuentra muy marcado, con volumen y masa justo, de modo que no alcanzo a parecer un fÃ-sicoculturista, pero sÃ- me veo como una estatua romana de mÃrml, todo me duele igual. Corto el agua y al salir de la ducha me miro en el espejo y confirmo con una sonrisa que, efectivamente, mi cuerpo es cercano a la perfecciÃ³n, que mi estÃ³mago carece de grasa y tiene todos sus mÃsculos marcados, pecho duro, espalda ancha, bÃiceps y trÃiceps notables, muslos redondos y duros, podrÃa destrozar un camiÃ³n si quisiera, me siento poderoso y eso me pone de buen humor, con lo que el dolor deja de importarme. Me pongo la toalla y me voy mÃs cerca del espejo, observo mi cara, en mi cabeza rapada el pelo estÃ comenzando a aparecer en miles de pequeÃ±os puntos oscuros, lo mismo que la barba, el resto estÃ todo perfecto, excepto mis ojos azul pÃlido algo enrojecidos aÃ³n. Saco gotas del botiquÃn y me echo plim-plim, dos en cada globo. Entro a mi pieza y miro la ropa que he tirado en un rincÃ³n, la empleada aÃ³n no la saca y pienso si serÃ bueno que vea la camiseta manchada de sangre seca, pero lo cierto es que me da lata bajarla y si la vieja de mierda llega a notar que es sangre Ã¿a quiÃ³n se lo va a decir?, Ã¿quiÃ³n se lo va a creer?, es la palabra de una provinciana que con suerte llegÃ³ a tercero bÃsico, probablemente con abuelos mapuches, alcohÃlicos y tarados contra la mÃ-a, hijo del abogado Irigoyen (vasco) y la doctora McClure (English, of course), que estudia en la abadÃ-a alemana (el segundo colegio mÃs caro del paÃ-s) y que en este momento mantiene un decente noviazgo con Matilda D`agostino, (hija del ministro de estado del mismo nombre), seleccionado del equipo de naciÃ³n y futuro abogado o ingeniero. Me rÃ-o, porque al hacer toda esta reflexiÃ³n me doy cuenta que soy perfecto y que el paÃ-s me necesita, aÃ³n cuando ni siquiera he entrado a la universidad.

Soy superior.

Mientras me visto miro por la ventana, en la terraza a un costado de la piscina, mi madre juega a las cartas con sus amigas de las âœDamas catÃ³licasâœ, murmullos y risas apagadas suben hasta aquÃ-, âœPar de asesâœ, âœÃ¿MÃs tÃ chinchilla ya pasÃ³âœ, âœPerrier, por favor querida...âœ, âœÃ¿Y el zorro plateado?, esa piel...âœ, âœHay pieles demasiaâœCuÃiles pieles... queridaâœ, âœÃ¿SacÃrsela?âœ, âœLas de tonos beigeâœ, âœÃ¿SacÃrsela?, Ã¿dices que le sacâœSÃ-, zorro plateado, creo que era...âœ, âœÃ¿SacÃrsela?, Ã¿dices que le saque la piel a la maraca?âœ.

âœEso fue exactamente lo que dijeâœ le contestÃ© al Ramiro, mientras le entregaba mi cuchillo de cazador. âœÃ¿O te da mÃ agreguÃ©, pronunciando cada palabra con cuidado. El muy maricÃ³n estaba asustado de verdad, se le veÃ-a en los ojos. DespuÃs de subirlos a la camioneta los llevamos a un lugar perdido, detrÃs de un cerro, a un hospital abandonado, mejor dicho, a medio construir y abandonado. Dentro de la camioneta les echamos spray paralizante, los golpeamos un poco mÃs y en particular a uno de los huevones le dimos una descarga elÃctrica, en fin, cuando los bajamos todos estaban bien amarrados con sogas y alambres, amordazados con cinta adhesiva y en ropa interior, jalamos mÃs coca y nos tomamos unas latas mÃs de cerveza. âœYo quiero culearme a una cholaâœ, repetÃ-a Oscar a cada rato, âœNo, yo quiero jugar a la sala de torturasâœ, decÃ-a Ramiro, aÃ³n mÃs insistente, en una de esas fue cuando le tendÃ- mi cuchillo y le dije que le sacara la piel a una de las minas. Pero en cambio, sÃ³lo me mirÃ³ asustado. DespuÃs de un rato de pensÃrme, me acerco a uno de los peruanos que estÃ sentado en una de las tres sillas que encontramos la otra vez por ahÃ- (dos metÃjlicas y una plÃstica que dice âœcokeâœ), me pongo muy cerca y me agacho inclinando el tronco hasta que mi cara queda a dos dedos de distancia de la suya, su piel morena estÃ muy sudada, tiene raspaduras en la frente y el mentÃ³n, el ojo derecho estÃ empezando a hincharse y aunque estÃ con polera y calzoncillos (de modo que no veo su pecho) cada vez que respira (agitadamente debo decir), hace un pequeÃ±o gesto de dolor.

-Ã Ã Hola - Le digo en tono educado- Ã¿Tienes miedo?- me mira con los ojos muy abiertos, sin emitir ruido, su amigo desde la otra silla intenta echÃrseme encima, pero el âœHunoâœ y el Oscar lo sujetan riÃndose; el cholo que tengo al frente estÃ amarrado a la silla, con cinta adhesiva, de modo que es aÃ³n menos peligroso que el otro.

-Ã Ã Te preguntÃ© - le digo - Si tienes miedo. Asiente con la cabeza.

-Ã Ã Me parece muy bien, deberÃ-as tenerlo- le explico, los chicos se rÃ-en y el IvÃn le da un pequeÃ±o golpe en la cabeza, con la mano abierta.

-Ã Ã Ã¿Viniste a este paÃ-s a trabajar? Ã¿A buscar nuevas oportunidades?

Vuelve a asentir y esta vez se echa a llorar, como puede, pues, tiene la boca sellada con cinta adhesiva.

-Ã Ã No seas mamÃ³n, no llores. Ahora dime: Ã¿Tienes un buen trabajo?, Ã¿EstÃs agradecido de mi paÃ-s?.

Asiente con la cabeza, aÃ³n lloriqueando.

-Ã Ã Ã¿No has pensado que le quitas fuente de trabajo a mis compatriotas?

Niega con la cabeza.

-Ã Ã Ã¿SabÃ-as que Atreo le dio de comer a sus hijos a Tiestes?, los de Tiestes me refiero, despuÃs que este se llenÃ³ la panza supo lo que se habÃ-a tragado.

Se queda mirÃndome estupefacto, sin entender nada, dejando de llorar de golpe. Entonces le lanzo un puÃ±etazo brutal, al centro de la cara, con toda mi fuerza y siento crujir y romperse su nariz y cae hacia atrÃs azotando su cabeza contra el suelo de concreto y suena feo, muy feo. Los otros cholos se retuercen y lloriquean, pero Oscar, el âœHunoâœ y Ramiro los sujetan, IvÃn, Cunningham y yo pateamos en el piso al tipo, de tanto golpearlo se le suelta un brazo (no sÃ© como), salto sobre su mano con mis bototos y le rompo los dedos, creo que entonces agarro el bate otra vez y lo dejo caer con furia, primero sobre su codo (el cual demuelo) y luego en su cara; me toma tres golpes desencajar su mandÃ-bula y un par mÃs en la cabeza, que finalmente lo hacen perder la conciencia y entonces pierdo el interÃs y aunque Cunningham e IvÃn lo siguen pateando un rato, yo me voy hacia un lado, le doy un trago a mi cerveza y luego le aprieto una teta a la

chola más chica hasta hacerla aullar debajo de la mordaza, no está mal, y me dan ganas de arrancársela con un cuchillo.

La cocina de mi casa es grande, de madera y metal, sofisticada como la de un restaurante. Corto un trozo de pan negro y esponjoso, con un cuchillo dentado y de cacha negra. La Adela, la vieja medio mapuche y hedionda que hace aseo en mi casa anda paseándose, la otra vieja, no tan indecente como la Adela, es la cocinera y está preparando un pastel o algo, a pesar que hace años trabaja aquí- nunca logro recordar su nombre, sospecho que me detesta un poco porque cuando trajo a su sobrina a trabajar aquí-, una vez le saqué la mierda después de cogérmela, vez que creo que intentó meterle un desodorante en el culo, pero le di demasiado dinero, de modo que se calló. La Adela sigue dándose vueltas, con ese modo de caminar que parece coja y con el delantal rosado moviéndose de modo extraño, pues además de vieja, morena, ordinaria y mapuche, es gorda.

- ¿Hola Adelita, ¿cómo ha estado? - Le digo.

- ¿Hola joven Mauricio, ¿cómo le ha ido en el colegio?

- ¿Bien, bien. Oiga, Adelita, le dejó una ropa sucia en mi pieza, la saca después por favor.

- ¿Claro mi hijo. Oiga, tan tarde que llegó ayer.

- ¿Es que salió con unos amigos. Oiga, ¿cómo está su nieto?, encontré una ropa que ya no ocupó, que está súper buena, para que se la lleve; está en la bolsa azul, la del marinero.

- ¿Ya, gracias mijito.

Termino de hacerme el sánduche y saco un vaso de leche. Entonces entra mi hermana Claudia a la cocina, con un vestido azul de flores y chalas, tiene el pelo castaño, largo y los ojos azules grandes, dulcemente adormecidos. Se acerca a la cocinera y le pregunta algo al oído, la vieja huevona le contesta con un susurro y ambas se ríen.

-Hola Claudia- Le digo sonriendo cuando sale, pero ella apenas me mira, ignorándome. Evidentemente me detesta, no sé muy bien por qué, es decir, ella es la oveja negra de la familia, es ella quien tiene las amistades de dudosa reputación (racial, social, sexual), es ella quien estudia alguna cosa como filosofía en una Universidad de comunistas, es ella la que se dedica a modelar para diseñadores nuevos y extravagantes, con amigos y novios actores o pintores... es hermosa, no puedo negarlo, realmente bella, pero su comportamiento, sin duda, deja mucho que desear. Quizá deberé preocuparme más de ella, saber qué hace y con quien se junta, saber cómo es su vida y cuáles son exactamente sus pasatiempos, el asunto en cuestión me asusta un poco, pues, mal que bien es mi hermana y creo que su vida podrá escandalizarme de algún modo, pero ¿qué debo hacer?. Salgo de la cocina y avanzo por dentro de la casa en dirección al estacionamiento, para evitar toparme con mi madre al salir, sin embargo, igual tengo mala suerte y me tropiezo con mi padre, que viene entrando a la casa, extrañamente por la puerta trasera. Me mira sorprendido, cuando nos quedamos frente a frente, a boca de jarro en el umbral de la puerta.

- Hola hijo - Me dice, con una sonrisa tímida.

- Hola papá, ¿en qué andas?

- Yo... bueno, tu sabes, trabajo, reuniones... - Explica, paseando una mirada por la habitación, evasivo.

- Es que te llamo por teléfono- Miento - Pero no me contestaste nada.

- Ah... bueno... es que yo... Quizás qué pasó...

Sélo para romper más sus bolas, lo sigo aguijoneando.

- ¿Y raro padre, porque te llamo al celular.

- ¿Bueno hijo, no sé... creo que lo olvidé en la oficina, no sé. "Hace una pausa y luego agrega - ¿De cuándo andas controlando?

- ¿Pero papá, por favor. Nunca haré algo así-, sélo que quiero hablar contigo, conversar, saludarte.

- ¿Está bien, pero si quieres juntarte conmigo llama a la oficina, hagamos una cita, habla con la Pamela, ¿sabes que trabajo un montón.

- ¿Vale.

- ¿¿Necesitas plata?

- ¿Bueno - Sonrío, pensando en que todo funciona como siempre y no sé si eso me tranquiliza.

Se mete la mano al bolsillo y me pasa un pequeño fajo de billetes, me sonrío y dice "buen muchacho", su sonrisa es extraña al alejarse al interior de la casa; guardo los billetes en mi bolsillo y abro el portón eléctrico del garaje, me demoro un momento en elegir en qué auto saldré y finalmente pienso que lo correcto es usar el jeep, pues su color verde metálico hace juego con mi ropa.

En la casa de Matilda sus padres no están, de hecho nunca están, en un año y medio de nuestra relación he visto a su madre tres o cuatro veces y a su padre, el ministro, una sola: en un año nuevo. Añ el sol es espléndido y el atardecer está recién comenzado, de modo que nos vamos al patio de atrás, la piscina se ve tentadora, de modo que ella se pone el bikini y yo el short de baño que olvidé allí la semana pasada. Mientras levanta el teléfono de la cocina y espera que alguien le conteste, me mira de reojo y con una semisombra en su cara, que es lo más cercana a la perfección que recuerdo, igual que su cuerpo espléndido. El cabello rubio y largo, se le desordena al viento de un modo casual y con las gafas oscuras parece actriz de cine.

-Â Â Â Georgina, tráiganos dos jugos a la terraza de la piscina.- Su voz también es perfecta. - Â¿A dónde fuiste anoche?, sÂ de naranja, gracias.

-Â Â Â Fui a la casa de Cunningham, estaban el Oscar y Ramiro ahÂ tambiÃ©n, hicimos un torneo de Play Station, casi destrucÃ© un joystick, pero ganÃ©.

Â Â Â Ella sonrÃ-e y muy espontÃineamente se lanza a mi cuello y me da un pequeÃ±o beso en la boca.

-Â Â Â Â Eres un niÃ±o, te adoro! - Dice riendo.

-Â Â Â Yo tambiÃ©n te adoro. - Le contesto.

Por un costado aparece silenciosa la empleada y deja los jugos sobre la mesita veneciana, igual que la Adela es vieja y es mapuche, e imagino que son totalmente intercambiables la una por la otra, son como una sola cosa informe y sin personalidad

-Â Â Â Â ¿Y tÃ? - Le pregunto a Matilda. - Â¿QuÃ© hiciste anoche?

-Â Â Â Nada importante, acompaÃ±Ã© a mi mamÃ¡ a una cena, para reuniÃ³n de fondos para un asilo, no recuerdo si de ancianos o huÃ©rfanos.

-Â Â Â Â ¿Y quÃ© tal?

-Â Â Â Aburrido, ademÃ¡s casi no vi a mi mamÃ¡, fuimos en autos distintos, no nos sentamos en la misma mesa y... mÃ-rame a la cara... tampoco volvimos juntas, de hecho, no estoy segura de ella haya vuelto a casa.

-Â Â Â Â ¿Y tus hermanos?

-Â Â Â Tampoco estÃ¡n en casa, no los he visto en toda la semana casi... Te dije que miraras la cara no los pechos.

-Â Â Â Lo siento.

-Â Â Â Eres un cochino. - Dice haciendo pucheros, la abrazo suavemente y le doy un beso largo y apasionado, ella toca mis pectorales y mis hombros, al separar nuestras bocas veo sus ojos brillando y su cara sonrojada, avanzo con mi muslo entre sus piernas y siento como se le pone la piel de gallina.

-Â Â Â Te quiero. - Digo y luego agrego. - Te deseo, te deseo mucho.

-Â Â Â TodavÃ-a no. - Contesta ella, lanzando un suspiro. -Esperemos que sea un poco mÃ¡s tarde.

Nos lanzamos a la piscina y chapoteamos un rato, nos tiramos agua y jugamos con una pelota. Ya ha oscurecido cuando salimos, al caminar descalzo en la terraza siento un pequeÃ±o dolor sobre el dedo gordo y el que sigue de mi pie derecho.

â€œÂ¡Para!, Â¡para!, si ya perdiÃ³ el sentido!â€• GritÃ³ el â€œHunoâ€• y entonces volvÃ- un poco a la realidad. DespueÃ©s de los cholos dejÃ³ de interesarnos, nos dedicamos a darle el pertinente tratamiento al otro, le apagamos cigarrillos en las tetillas y el ombligo, le sacamos un par de uÃ±as y con una tijera le cortÃ© el IÃ³bulo de la oreja que a una de las tipas obliguÃ© a comerse. El muy hijo de puta sangrÃ³ bastante, pero no se moviÃ³ ni aullÃ³ en ningÃºn momento de modo que empecÃ© a enfurecerme. â€œÂ¿No vas a gritar mamÃ³n?, Â¿no vas a gritar?â€• rugÃ-, pero el cholo hijo de la gran puta me sostiene la mirada, con rabia frÃ-a, con un odio gÃ©lico que, no puedo negarlo, en algÃºn momento me traspasa, me cala hasta los huesos, e incluso... incluso me asusta. Y esto Ãºltimo me enfurece, la rabia se convierte en un infierno ahogante y terrible, una rabia que me disloca y que me hace desear reventar, donde hubo planes, ideas, cosas por las que existir sÃ³lo hay odio y rabia, la furia me invade todo y sÃ³lo deseo explotar, destruir cualquier cosa humana que pueda haber en mÃ- y en los otros. El odio, la furia me hacen vivir y pensar que nada es limpio, que nada es bueno y que sÃ³lo a travÃ©s de la purificaciÃ³n violenta, brutal, de la guerra, la muerte y la sangre, podemos acceder a un cambio, a un salto que nos haga mejores, indestructibles, perfectos como una mÃ¡quina exacta y precisa, llenos de movimiento, energÃ-a y dinamismo. AsÃ- y sÃ³lo asÃ-, soy el que debo y quiero ser y el miedo vuelve a guardarse, a exiliarse en alguna zona oscura de mi mente y ya no hay quien me detenga. De modo que soy una mÃ¡quina violenta, veloz, ruidosa, imparabile e indestructible, y mis puÃ±os chocan contra su cara y cuerpo, me siento en un estado cercano a la perfecciÃ³n, y en el suelo lo pateo tanto que seguramente el â€œHunoâ€• ya me habÃ-a gritado un par de veces â€œparaâ€• hacerle caso. Luego agregÃ³, â€œSi ya perdiÃ³ el sentidoâ€•, lo que era categÃ³ricamente cierto, pero yo no lo tomÃ© en cuenta mirÃ© el amasijo de carne en el piso, sin asco, pero impresionado, no por lo mal que se veÃ-a, sino por lo raro... es decir, por lo distinto que podÃ-a llegar a parecer un ser humano despueÃ©s de una paliza como esa. Las cholas lloraban y se retorciÃ-an, excepto la mÃ¡s pequeÃ±a que estaba quieta como una estatua, con los ojos desorbitados y se habÃ-a meado. â€œSÃ¡quenlo de aquÃ-â€•, dije en un tono neutro.

Matilda enciende la tele, semitendido en el sillÃ³n ella estÃ¡ a mi lado y entre risas, hacemos esfuerzos para no caernos, el sillÃ³n es amplio, pero aÃºn asÃ- no hay modo de estar juntos en Ã©l sin permanecer cerca, muy cerca; apretados, de modo que tengo una erecciÃ³n importante y abrazÃ¡ndola desde atrÃ¡s, estoy seguro que la siente en su espalda, justo sobre el culo. En la pantalla hay un show de conversaciÃ³n con Ray Atrida que cuenta como dejÃ³ la droga, un futbolista que acepta que es maricÃ³n (por suerte no de mi equipo) y la modelo â€œCaobaâ€• que estÃ¡ tan rica y que me gustarÃ-a tirarme, y a lo mejor un dÃ-a me la tiro.

-Â Â Â Pone otro canal.

-Â Â Â Ya. - Contesto y aprieto el control.

El â€œShow de Lucilaâ€•, con mujeres que han sido violadas y que intentan salir adelante, otro canal muestra una serie donde trabaja ese actor que fue novio de mi hermana Claudia, otro canal y el vÃ-deo nuevo de Ray Atrida, otro canal y â€œCaobaâ€• conversa con Paula en â€œPaula a las 10â€• sobre las pieles de moda, otro canal y Nicole Kidman canta, y otro canal y le sube la falda, y otro canal donde tocan los â€œSr. Saborâ€•, y otro canal con fÃºtbol y mientras le acaricio los pechos ella se acomoda

y lanza un pequeÃ±o y quejumbroso â€œNoâ€•, y en el canal que viene unos dibujos animados disparan rayos lÃ¡ser, de modo que, a pesar de todo, no me cuesta bajarle la pantaleta a media pierna y encaramarme (cuando ya lo tengo afuera), y mientras me restriego pongo el canal que viene donde Paula de â€œPaula a las 10â€• estÃ¡ en â€œLas noches de Pedroâ€•, pide con un hilo de voz que â€œSea caritativoâ€•, y yo le digo que bueno, que serÃ© caritativo, tiro el control y luego, riÃ©ndose dice, â€œDije: que te pongas preservativoâ€•, y le hago caso, y entonces ya estoy sobre ella penetrÃ¡ndola y mientras suspira profundamente me muevo despacio y seguro, mirando su espalda tersa y su culo perfecto, sintiÃ©ndola debajo de mi, sabiendo que se lo estoy metiendo y no consigo que se me pare del todo, no estoy de veras caliente, de modo que empiezo a entrar con mÃ¡s fuerza a moverme con mayor rudeza y mientras sÃ© que ahora ya la estoy montando de verdad, ella se queja caliente y lanza los gemidos comunes y dice que es tan rico y yo entro mÃ¡s y mÃ¡s fuerte sin conseguir que se pare de verdad y suelta un diminuto aullido y dice que le duele, que le duele un poquito y por alguna razÃ³n yo la agarro del pelo tirÃ¡ndola hacia atrÃ¡s y escuchÃ³ su â€œAyyy!â€• y luego, â€œMe duele, es rico, pero me dueleâ€• mÃ¡s fuerte el pelo y â€œMe duele, me dueleâ€• y eso me calienta de veras y le pego en el culo y otro aullido y anoche tambiÃ©n decÃ­a la chola â€œMe duele, me dueleâ€• y al recordar a la negrucha gritando y pidiendo clemencia siento una oleada de calentura potente que me recorre entero y la espalda morena enrojecida de tanto golpearla con el cinturÃ³n y ahora si lo tengo duro de verdad, pero no me importa que debajo mÃ¡s a cuatro patas este Matilda y sÃ³lo quiero acordarme de anoche y siento crecer aÃ³n mÃ¡s mi animal, recuerdo las tetas chicas, paradas y la boca grande, eso me calentÃ³, â€œindia culeadaâ€• le decÃ­a para no estar callado, la mona lloraba, la espalda y las piernas eran peludas y se habÃ­a meado, creo que le mordÃ­ una teta y dio un aullido que me calentÃ³ de veras y acabÃ© fuerte, despuÃ©s se le fue encima el Oscar, nosotros nos fuimos donde las otras cholas, a cortarles el pelo y tirarles fÃ³sforos encendidos, despuÃ©s que todos dieron una vuelta encima de la pendeja, volvÃ­ yo, estaba en un rincÃ³n y ya no lloraba.

-Ã Ã Ã ¿Que te hizo el rubio de pelo largo? - PreguntÃ©, refiriÃ©ndome al Huno. No contestÃ³ nada, de modo que le crucÃ© la cara con una cachetada.

-Ã Ã Ã Me la metÃ­ en la boca.

Entonces me la saquÃ© y la obligÃ© a hacer lo mismo. No sÃ© si con los muchachos o de antes, pero la chola algo sabÃ­a. En eso llegaron Oscar y Cunningham con otra negruchita y nos la armamos en serio, a la tercera la dejaron amarrada porque era muy fea, les dijimos que pusieran de su parte para que no tuviÃ©semos que matarlas. Se los metimos en la boca y en el culo, les acabamos en la cara y continuamos golpeÃ¡ndolas de vez en cuando y apagando cigarros en sus espaldas, a la mÃ¡s pendeja despuÃ©s de tirÃ¡rmela por todos lados le apague un cigarro en un pezÃ³n, pero ya no gritÃ³ y me enojÃ© un montÃ³n de modo que le tirÃ© spray en la cara y le pintÃ© un pene gigante en el pecho, a la otra Cunningham le pintÃ© una esvÃ¡stica en el culo, cosa que a todos nos dio mucha risa, Oscar dijo que hacÃ­a literal el hecho de la penetraciÃ³n aÃ­a. Entonces fue cuando decidimos volver. Dejamos a los huevones ahÃ­ y nos llevamos a las cholas solamente, en la camioneta avanzamos algunos kilÃ³metros, abrimos la puerta y tiramos afuera a la primera, en una calleja. A la segunda la tiramos de una patada en el culo en la carretera, a la mÃ¡s chica el Oscar aÃ³n la estaba manoseando entre las piernas, intentando metÃ©rsela en el culo otra vez, pero no se le paraba.

-Ya huevÃ³n que es tarde.- Le dije, abrimos la puerta y de una patada la botamos en un parque. El regreso fue tranquilo, estabamos cansados y con sueÃ±o, pensÃ© en meterme una lÃ¡nea mÃ¡s para soportar hasta el amanecer, pero lo cierto es que no me apetecÃ­a. Me salgo de Matilda y veo su cara de costado, enrojecida y con cara de ensoÃ±aciÃ³n o algo.

- Te amo, mi amor, eres hermosa, te amo y me siento muy feliz a tu lado.

- Yo tambiÃ©n te amo, querido. - Contesta ella.

Me deja en la puerta y le prometo que maÃ±ana vendrÃ© a visitarla otra vez y que iremos al cine si ella quiere.

-Ã Ã Ã ¿Podemos ver la pelÃ­cula nueva esa, la del niÃ±o robot?

-Ã Ã Ã Esa?, pero Matilda, mejor vamos a ver la de los extraterrestres, es mucho mÃ¡s interesante.

-Ã Ã Ã Bueno amor, la que tÃº quieras.

Me subo al auto sonriente, la noche es perfecta y cÃ¡lida, es temprano y pienso que puedo llamar al Huno y decirle que nos juntemos para algo tranquilo, como tomar una cerveza y quizÃ¡ levantarnos alguna pendeja del â€œTresmilâ€• o algo. Pero el celular de mierda se me quedÃ³ en la casa, asÃ­ que enfilo hasta un bar cercano al que nunca he ido, para conseguir telÃ©fono.

Una vez dentro me percato que casi todo estÃ¡ a media luz y que las mesas tienen velÃ­tas y esta lleno de gente rara, intelectuales y bohemios, tipos con ropa oscura y minas desgreÃ±adas que no usan sostÃ©n.

Voy caminando a la barra, a pedirle al barman que me preste el telÃ©fono o que al menos me diga donde hay un pÃºblico, cuando veo en una mesa del costado, llena de gente, a mi hermana Claudia. Es sorprendente y lo cierto es que me siento impactado de observarla, se ve totalmente distinta, sus gestos son mucho mÃ¡s desenvueltos de lo que nunca han sido en casa y me percato que tiene una voz estentÃ³rea y que su risa se escucha en todo el lugar; sus amigos son raros y estÃ¡ sentada al lado de un negro de verdad, que le sonrÃ­e coquetamente y al que mi hermana mira, yo dirÃ­a, bueno, queÃ¡ con deseo. En esa misma mesa hay un flaco con pelo verde, que evidentemente es una reina y que, luego me percato, tiene de la mano a otro tipo que tambiÃ©n es flaco y que podrÃ­a ser galÃ¡n de televisiÃ³n de no ser por lo amanerado que es. Hay otras muchachas tambiÃ©n, una gorda que tiene el pelo teÃ±ido en alguna tonalidad de rojo y otra alta espectacular que se viste como prostituta (Falda apretada con tajo, polera Ã­nfima que casi deja al aire las tetas y pelo negro suelto, sin mucha pintura ciertamente), hay mucha mÃ¡s gente, pero todos pertenecen a ese tipo que usa

lentes (ópticos u oscuros), con peinados raros y ropas extravagantes, tanto anchas y sucias, como apretadas y sofisticadas. Claudia se ve tan distinta aquí, se ve como una mujer adulta, llena de ademanes que yo desconozco y su mirada ya no es adormilada, sino llena de brillo. Entonces pienso que debo comportarme de una vez por todas como su hermano, saber quienes son en verdad sus amistades, intentar acercarme a su mundo y aconsejarla en algún momento sobre lo que está haciendo con su vida. Avanzo hacia la mesa y carraspeando muy levemente hablo en el tono más educado que puedo.

- ¡Hola a todos, hola Claudia, que sorpresa encontrarte en este lugar! _ Mi sonrisa es juvenil y ganadora.

Claudia voltea su cara y cuando me ve, se sorprende por unos segundos, pero recupera la compostura rápidamente, no dice nada (como siempre) y se queda mirándome con una rabia fría, con un odio glacial y yo he visto esa mirada antes, pero no recuerdo donde y entonces siento que me traspasa con ese modo de enfocarme y de algún modo empiezo a ponerme nervioso y tengo retortijones en mi estómago otra vez y sólo puedo pensar en sangre y ánimas muertas, despatarrados, con las vértebras al aire y recuerdo una peluca de los judíos en los campos de concentración de la segunda guerra. Miro al resto de la gente y me percató que el negro de mierda de al lado de mi hermana me mira fijo también (de hecho creo que toda la puta mesa me esta contemplando) de modo que intentando parecer el muchacho sano y simpático que soy, hago un esfuerzo sobrehumano por Claudia y le estiro mi mano al negro asqueroso.

- ¡Hola, soy el hermano de Claudia, ¿Qué tal, brother?! _ Pero el negro conchasumadre se limita a mirarme de arriba abajo con desprecio y no suelta una sola palabra. Finalmente escucho la voz de Claudia a mi lado.

- ¡Por que no te vas, scout de la Hitler jugend.

La luz azulosa de la tele ilumina algo de mi pieza, finalmente no llamo y regreso a casa, aún no siento llegar a Claudia y por la pantalla una rubia de tetas descomunales se la chupa a un tipo con bigote de morsa, tengo la boca seca por haber vomitado y creo que no limpié el baño, pero no importa, después de eso me metí un par de linternas y creo que no voy a dormir y mientras me la menea pienso en la Matilda y el bigotudo se lo tira en la cara a la tetona y escucho los gritos de la chola y pienso en Claudia y mi propio líquido caliente me salpica la mano y el estómago.